

de aurora,
y su beneficio
de luna derraman en mí,
por tu influjo santo,
por tu inmenso encanto,
por ti.

Amor, amor:
revienta en el prado la flor.
Tu alma y mi alma hallaron su flor.
¡Amor, amor...!

(Del tomo *Hermanita*.
(Poemas). Habana, 1923).

La más alta pedagogía

HAY un desequilibrio entre el estado de la ciencia y la pedagogía de la misma. Esto es fatal y determina que el arte de enseñar, como todas las actividades de mera aplicación de principios ajenos, se alimente, por decir así, de ruinas ideales. Lo mismo acontece a la política respecto de la moral. Y, no obstante, el pedagogo está obligado a mantenerse siempre en la línea de máxima cultura, a revisar las bases de su información, para disminuir hasta donde pueda aquel desnivel. Su misión es fundamentalmente tan noble y alta como la de cualquier inventor, ya que ha de suscitar a cada momento la reacción original en las jóvenes personalidades que se le confían, y lograr de ese modo raudales siempre renovados de espíritu nuevo.

...En general, la metodología no sirve para mucho: pero en este caso su eficacia es aún más dudosa. El siglo XVIII nos legó la superstición de los métodos racionalistas «a priori», y el siglo XIX, con su ingenuo positivismo, creó la pedagogía como disciplina formalista y un tanto huera. De aquí nace el culto rendido al material de enseñanza, a todo lo exterior, con visible perjuicio de lo íntimo y esencial. Bien está que procuremos metodizarnos, que dispongamos de medios, ¡qué duda cabe que todo ello es utilísimo!, pero recordemos aquel maravilloso episodio referido por Teresa de Jesús en sus «Fundaciones», cuando fué recibida con lágrimas por las religiosas de una casa que acababan de fundar en Toledo. «Madre—le dijeron,—ya no somos pobres». El espíritu y la in-

teligencia del profesor serán siempre y en todas partes la más alta pedagogía.

Plantea problemas graves la índole de la materia a que consagramos nuestros estudios. La lengua y la literatura caen dentro de la cultura, cuyo objeto es muy diverso de aquellos que informan la ciencia natural. La ciencia histórico-cultural se rige por valores cuya

apreciación depende de nuestra psicología. Es una ironía que se considere el estudio de nuestros asuntos como tarea fácil y a veces poco estimable. Cualquiera se juzga apto para estos menesteres. Y, sin embargo, pocas empresas hay más difíciles.

AMÉRICO CASTRO

(Nueva Revista, Buenos Aires).

Las catástrofes del Japón

HORAS de pavor catastrófico, de duelo cada vez más intenso, son estas que transcurren. A cada momento el cable parece arrojar en la expectación pública, que se ahonda cada vez más, montones de cadáveres amarillos... El teatro de la tragedia es cósmico, apocalíptico, más grande que los campos de batalla. Y qué batalla pavorosa, sin defensa posible, ni valor que valga, ni heroísmo eficaz. Es el Fatum inexorable que, cosa nunca vista, desencadena a la vez los cuatro viejos elementos sobre la humanidad... Es la Tierra que se sacude y resquebraja, y hunde, como tumba enorme, sepultando casas y habitantes, ciudades y multitudes... Es el Agua que se precipita, desde el Océano, sobre la tierra en espantosas cataratas, convirtiendo el firme territorio en inmenso naufragio... Es el Fuego que arrasa, conflagrándolo todo, convirtiendo en pavesas y cenizas barriadas cívicas, parques enteros, aldeas agrestes... Es, por fin, el Aire, transformado en huracán, que arranca los árboles de cuajo y dispersa en astillas las moradas humanas. ¡Nunca se había visto, sino a través de las devastaciones védicas o bíblicas, una confabulación semejante de elementos, tal furor cósmico. Fué algo así como si los cuatro Soles cosmogónicos de los Aztecas, hubieran a un tiempo puesto en acción sus potencialidades destructoras!

EL SARCASMO DE UNA OBRA DE ARTE.

Ayer mismo, en momentos de ocio, hojeaba un álbum de Hiroshigué, cuyas estampas representan en luminosos colores los mismos sitios hoy ensangrentados y llenos de cenizas. Son todas vistas del antiguo Yedo, hoy Tokio, ciudad natal del paisajista ilustre.

Aquí está Nihonbashi, el puente máximo y centro geográfico desde donde se miden todas las distancias del Imperio. Aparece en la estampa blanco de nieve entre el azul del cielo y el del río. ¡Qué trágico montón de

hierros retorcidos debe ser ahora el grácil puente de antaño! Mírase luego en el álbum la alegre calle de Surugacho, llena de pintoresca y alegre muchedumbre, con el cono de hielo del Fuziyama cerrando el horizonte. Sucesivamente miro los merenderos de Kabata bajo los cerezos floridos que hoy deben ser pavesas después de haber florecido durante siglos para encanto de los ojos japoneses ávidos de belleza; Ueno y el templo de Kiyomizu, el hermoso parque que hoy debe parecer un campo de batalla, en donde las grietas del terremoto son como trincheras llenas de cadáveres. El río Yamagava todo azul, ondulado lentamente entre las verdes praderas de Tzuzmi, bajo la nube sonrosada de los cerezos en flor; el puente chino de Kameido, que con su reflejo en el agua es un perfecto círculo, bajo los festones de las wistarias; el puente de Yatzumi bajo los centenarios sauces llorones; las alhóndigas de Wetashi llenas de tesoros en sedas y mercaderías; los puentes enormes de Riogoku y Ohashi; la aldea de Shichiú, toda llena de banderolas en el festival de la Vía Láctea; Mukoshima llena en otoño de arces cuyo follaje tiene púrpuras y oros de brocado; Asakusa, vista desde una ventana y el templo de Kiuriusan, de brillante bermellón, sobre el cielo gris de acero, bajo la blanca nieve que todo lo amortaja...

Todos los nombres exóticos que escribo, acaba de leerlos el mundo entero en los cablegramas que relataron la catástrofe; todos esos nombres designaban lugares de encanto y sitios de placer que hoy no son sino eriales arrasados por el tifón, resquebrajados por el terremoto o pavorosos hacinaamientos de escombros y cadáveres...

Para mí, que amo al Japón, ha sido bien amargo volver a abrir el álbum matizado, donde el pincel de Hiroshigué perpetuó los lugares célebres de la gran ciudad, los mismos por donde peregriné fascinado y que hoy, sobre cogido por esa angustia ante lo inestable que tan bien expresó Pierre Loti, piense que jamás volveré a ver...

Solicítense los «Cuadernos de Pedagogía y otros Estudios» que se publican bajo los auspicios del Personal Docente de Heredia.

YA LISTOS:

José Ortega y Gasset: *Biología y Pedagogía*.
R. Brenes Mesén: *Las Categorías Literarias*.

Precio de los cuadernos: **¢ 1-00**

EDITOR: J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ DE COSTA RICA